

GUERRA CONTRA LA RAZÓN

Por John MacArthur

Tomado de *Reckless Faith: When the Church Loses Its Will to Discern*, 1994

Traducción: Alberto Mansueti

El discernimiento verdadero ha sufrido un terrible revés en las últimas décadas, porque la razón misma ha estado bajo ataque dentro de la iglesia. Como Francis Schaeffer advirtió hace casi 30 años en *The God Who Is There*, la iglesia está siguiendo la misma corriente de irracionalidad de la filosofía secular.

En consecuencia, la fe temeraria o fe insensata (reckless faith) está asolando a la comunidad evangélica. Mucha gente descarta la sana doctrina en favor de la experiencia meramente personal. Otros declaran estar dispuestos a ignorar puntos doctrinales importantes y distintivamente bíblicos, para conseguir el logro de la unidad externa de todos los cristianos profesantes. El verdadero cristianismo, caracterizado por una fe bíblica e inteligente, parece estar disminuyendo, incluso entre los evangélicos más conservadores.

Abandono de la verdad objetiva

La iglesia visible en nuestra generación se ha hecho sorprendentemente tolerante para las enseñanzas aberradas y las ideas extravagantes, y terriblemente intolerante para la sana doctrina. En la concepción popular evangélica la “verdad” se ha hecho casi por completo subjetiva. La verdad es vista como fluida, siempre relativa y nunca absoluta. Sugerir que algún criterio objetivo deba o pueda usarse para distinguir la verdad del error, es algo notoriamente fuera de sintonía con el espíritu de la época. Y en algunos círculos, hasta la misma Escritura se descarta como pauta fiable de la verdad. Después de todo, si la Biblia puede ser interpretada de muchas maneras, se oye, ¿quién puede decir cuál de todas sea la correcta? Muchos incluso creen que hay o puede haber una verdad aparte y más allá de la Biblia.

Todo este relativismo ha tenido efectos desastrosos en la capacidad del cristiano promedio para discernir lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo equivocado, lo bueno de lo malo. Las más claras enseñanzas de la Escritura están siendo cuestionadas, hasta por gente que se declara creyente en la Biblia. Por ejemplo, algunos cristianos ya no están seguros de si la homosexualidad debería ser clasificada como pecado. Otros argumentan que la agenda feminista sí es compatible con el cristianismo bíblico. Y a diario los medios de prensa “cristianos” (radio y TV, libros, revistas etc.) nos disparan una mezcla heterogénea de ideas, algunas temerarias, extravagantes y caprichosas, otras francamente absurdas, y otras decididamente peligrosas. Y el cristiano común y

corriente está deplorablemente mal preparado para distinguir y separar las mentiras de la verdad.

Incluso sugerir que se requiere una selección entre la mentira y la verdad, ya es visto por muchos como algo peligrosamente “intolerante”. Y en todas partes hay la idea de que cualquier disputa sobre doctrina es cosa intrínsecamente mala. La preocupación por la ortodoxia se considera incompatible con la unidad cristiana. La doctrina misma se etiqueta como divisiva, y quienes plantean cuestiones de doctrina son vistos como deficientes en el amor. No se permite criticar a nadie por sus creencias, no importa si esas creencias son o no bíblicas.

Una reciente nota en *Christianity Today* es un claro ejemplo de esta mala tendencia; se titula “La caza de la herejía” (Hunting for Heresy). Su autor, el periodista John W. Kennedy, cuenta su historia sobre dos renombrados líderes cristianos que “han sido objeto de terribles ataques por sus controversiales escritos.” (1)

El primero es un escritor de éxito, y orador popular en los medios universitarios. Escribió un libro animando a los homosexuales a establecer relaciones permanentes y convivir juntos, aunque sean solteros. Sugiere que la comunidad evangélica sufre de “homofobia”. Es un convencido de que los acuerdos de convivencia permanente entre homosexuales es la única alternativa a la soledad. Dice que es gente que “nace con una orientación homosexual”.

Su esposa ha publicado un artículo en una revista homosexual, en la que más abiertamente defiende “las relaciones sexuales monógamas entre homosexuales”. El autor entrevistado dice tener un “muy, muy fuerte desacuerdo” con la aprobación por su esposa del sexo homosexual, pero su propio punto de vista parece admitir que los homosexuales participen en otro tipo de intimidad física distinta a las relaciones sexuales.

La otra entrevistada es una mujer. Con su esposo son ambos muy conocidos a través de una cadena de radio y TV “cristianas”. Su ministerio no es de algún extraño micro-culto marginal, sino de una institución bien destacada en la comunidad evangélica. Además ella preside una de las mayores organizaciones de estudiantes evangélicos en el mundo.

Esta mujer ha escrito un libro que narra algunas de sus peculiares experiencias espirituales. Lo dedica a su “otro yo masculino”, un hombre imaginario llamado “Obispo Eddie” con quien ella tiene un romance en sus sueños. También dice que tiene visiones de su “Niño Jesús interior”: se le aparece como un demacrado niño idiota, descalzo, con camiseta rota, babeando y con la cabeza “totalmente calva y colgando hacia un lado”. La mujer ha contratado los servicios de una monja católica para ser su “Directora espiritual”, quien le ayuda a interpretar sus sueños y fantasías. El libro mezcla en un tremendo mazacote el misticismo, la psicología de Jung, las “experiencias fuera del cuerpo”, y las ideas feministas,

con las experiencias religiosas subjetivas de esta mujer y sus fantasías románticas. Es francamente raro, y hasta irrita su lectura.

Lo más notable es que esta historia de *Christianity Today* no fue escrita para exponer las ideas aberrantes que enseñan estos dos líderes evangélicos, no señor; lo que los editores de la revista consideraron de interés periodístico fue que ellos “están siendo atacados por sus opiniones”!

En el mundo evangélico de hoy está permitido defender las doctrinas menos convencionales y más antibíblicas, siempre y cuando a los otros se les conceda el mismo privilegio, y nadie critique a nadie. El único tabú hoy en día es señalar los errores de los demás, y la intolerancia es únicamente para quienes osamos hacerlo. Cualquiera que hoy se atreva a sugerir que las ideas o doctrinas de alguien son erróneas o no bíblicas, se ve tachado de inmediato como polémico, divisivo, falto de amor, o incluso “no cristiano”. Hay completo derecho a profesar cualquier punto de vista; pero lo que no está bien es criticar a otra persona los suyos.

Cuando la tolerancia es un valor superior a la verdad, es obvio que la causa de la verdad siempre sufre. La Historia de la Iglesia lo muestra. Sólo cuando el pueblo de Dios ha montado una defensa robusta de la verdad y de la sana doctrina, la iglesia ha florecido y crecido con fuerza. Ejemplos tenemos varios: la Reforma, la era de los “puritanos”, y el Gran Avivamiento. En cambio los tiempos de decadencia siempre se han caracterizado por un excesivo énfasis en la tolerancia, el cual inevitablemente conduce al descuido, a la prevalencia de lo mundano, a las concesiones en asuntos doctrinales, y a una enorme confusión.

Deriva en un mar de subjetividad: existencialismo

La iglesia pierde sus amarres en esta época, y eso plantea hoy mayores peligros que nunca. Porque en los últimos 100 años, el mundo ha cambiado súbita, dramática, y muy aterradoramente: la gente ya no ve la verdad como antes; vivimos bajo el imperio de una filosofía que se ha vuelto hostil a la idea misma de verdad, de la verdad como algo absoluto.

No siempre fue así. Desde el principio de la historia hasta el pasado siglo XX, casi toda la filosofía humana asumía la verdad, absoluta, como algo necesario. La verdad se entendía universalmente como lo que es verdadero y no falso, cierto y no erróneo, correcto y no incorrecto, moral y no inmoral, justo y no injusto, bueno y no malo. Prácticamente todos los filósofos desde la época de Platón suponían la objetividad de la verdad. ¿En qué consistía la misma Filosofía, sino en la búsqueda de la verdad, de su máxima comprensión y expresión? Este ejercicio de investigación se presumía que era posible, incluso necesario. La verdad era algo que podía y debía ser entendido del mismo modo por toda persona. ¡No quiere decir que todos estaban de acuerdo en qué cosa era verdad en

cada caso, por supuesto! Pero casi todos estaban de acuerdo en que lo que fuese verdad, sería verdad objetivamente y para todo el mundo.

Todo eso cambió en el siglo XX con el surgimiento del existencialismo. Esta filosofía rehúye una definición precisa, pero incluye el concepto de que toda verdad, incluso la más superior, es subjetiva y no objetiva: que tiene su origen y ser en la mente de las personas, y no es algo que existe en la realidad externa, fuera del individuo. Se exalta la experiencia individual y la elección personal, y se minimiza o descarta cualquier criterio absoluto de verdad, bondad, moralidad y ese tipo de cosas. Podríamos con precisión caracterizar el existencialismo como el abandono de la objetividad. Por eso es intrínsecamente anti-intelectual, contrario a la razón, irracional.

El filósofo danés Soren Kierkegaard usó por primera vez el término “existencial”. Su vida y filosofía giraron en torno a sus experiencias con el cristianismo. Ideas cristianas y terminología bíblica reverberan en muchas de sus obras. Escribió mucho sobre la fe, y se consideraba cristiano. Muchas de sus ideas comenzaron como una reacción legítima contra el rancio formalismo de la iglesia estatal luterana de su país, Dinamarca. Con razón se sintió ofendido por el ritualismo estéril de su iglesia, e indignado por gente que no tenía amor a Dios, y sin embargo se llamaba cristiana, sólo por haber nacido en una nación “cristiana”.

Pero en su reacción contra la iglesia estatal sin vida, Kierkegaard creó una falsa antítesis. Decidió que la objetividad y la verdad son incompatibles. Para arrestar contra el ritualismo sin pasión y las fórmulas intelectuales muertas del luteranismo estatal danés, Kierkegaard ideó un enfoque de la religión que era una pura pasión y nada más, totalmente subjetiva. Sugirió que la fe pasa por el rechazo de la razón, y por la exaltación del sentimiento emotivo y de la experiencia personal. Kierkegaard acuñó la expresión “salto de fe”. La fe suya era experiencia irracional, y sobre todo una elección personal. Grabó estas palabras en su diario el 1 de agosto de 1835: “La cosa es encontrar una verdad que sea cierta para mí, encontrar esa idea por la que puedo vivir y morir.” (2)

Claramente, Kierkegaard ya había rechazado la idea de que la verdad es objetiva. Su diario continúa así: “¿Para qué descubrir esa llamada verdad objetiva... ¿De qué serviría que yo lo haga si la verdad estaría delante de mí, fría y desnuda, sin importarle si yo le reconozco o no, incapaz de producirme un escalofrío de miedo... en lugar de confiarme en una devoción? Me quedaría de pie como un hombre que ha alquilado una casa y reunido todos sus muebles y pertenencias, pero no ha encontrado aún la persona amada con quien compartir las alegrías y las tristezas de su vida... Es este el lado divino del hombre, su acción hacia el interior, lo que significa todo, no una masa de información objetiva.” (3)

Una vez repudiada la verdad objetiva, Kierkegaard quedó anhelando una experiencia existencial, que a su juicio le traería un sentido de realización

personal. Se paró ante el precipicio, preparado para hacer su “salto de fe”. En última instancia, la idea que eligió y abrazó para vivir y morir fue el cristianismo, pero fue un cristianismo diferente, marcada y característicamente subjetivo. Y aunque Kierkegaard fue prácticamente desconocido durante toda su vida, sus escritos han perdurado e influido profundamente toda la filosofía posterior. Su idea de “la verdad que sea cierta para mí” ha infiltrado hasta el fondo el pensamiento popular, y ha marcado la pauta a las generaciones siguientes: el rechazo radical de todas las normas objetivas.

Kierkegaard sabía cómo hacer para que el irracionalismo sonara como algo muy profundo. “Dios no existe, es eterno”, escribió. Creía que el cristianismo estaba lleno de “paradojas existenciales” que consideraba sus reales contradicciones, la prueba misma de que la verdad es irracional.

Con el ejemplo de la decisión de Abraham para sacrificar a su hijo Isaac (Génesis 22:1-19), Kierkegaard sugiere que Dios pidió a Abraham violar la ley moral asesinando a su hijo. Esa disposición de Abraham para “suspender” sus propias convicciones éticas resume el salto de fe que se exige de todos. A Kierkegaard el incidente le muestra que “la persona individual [Abraham] es superior a lo universal [la ley moral].” (4) Sobre esta base, observa: “Abraham representa la fe... actúa en virtud del absurdo, ya que es precisamente en el absurdo que el individuo es superior a lo universal. (5) No puedo entender a Abraham, a pesar de que en cierto sentido demente, le admiro más que a todos los demás.” (6).

Así de esta forma la verdad se arroja y se disuelve en el reino de la pura subjetividad, incluso hasta los puntos de lo absurdo y de la demencia. Todo se vuelve relativo; los absolutos desaparecen. La diferencia entre lo verdadera y lo sin sentido se hace no significativa, y lo único que importa es la experiencia individual. Y la experiencia de una persona es tan válida como la de otra, incluso si las distintas experiencias subjetivas de todo el mundo llevan a concepciones contradictorias de la verdad. “La verdad que es cierta para mí” puede ser diferente de la verdad de otro. De hecho, nuestras creencias pueden ser obviamente contradictorias, y la “verdad” subjetiva de otra persona de ninguna manera invalida la mía. Porque “la verdad” es autenticada por experiencia personal, y relevante sólo para el individuo que da el salto de fe. Eso es el existencialismo.

El existencialismo tomó un gran auge en la filosofía secular. P. ej. Friedrich Nietzsche rechazó también la razón y destacó la pura voluntad del individuo. Es probable que Nietzsche no haya conocido las obras de Kierkegaard, pero sus ideas en los puntos clave marchan en paralelo. Pero sin embargo, a diferencia de Kierkegaard, Nietzsche nunca dio “el salto de fe” al cristianismo. En vez, saltó a la conclusión de que “Dios ha muerto”. La verdad que era “cierta para él”, al parecer resultó ser lo contrario de la verdad subjetiva que era cierta para Kierkegaard. Sin embargo, su epistemología (la forma en que llega cada uno a sus ideas) es exactamente la misma.

Existencialistas posteriores como Martin Heidegger y Jean-Paul Sartre, refinando las ideas de Kierkegaard, siguieron el ateísmo de Nietzsche. Heidegger y Sartre creían que la razón es inútil, y que la vida básicamente carece de sentido. Y esas ideas han tenido una fuerza muy poderosa en todo el pensamiento del siglo XX. El mundo sigue andando por una vía más atea, más secularista y más irracional. Mucho ayuda a entenderlo el saber que se impulsa en esa dirección por la fuerte influencia existencialista.

El existencialismo invade la iglesia

Pero la influencia del existencialismo no se limita al mundo secular. Desde que Kierkegaard casara las ideas existencialistas con el cristianismo, el resultado inevitable fue la teología “Neo-ortodoxa”.

Neo-ortodoxia es el término utilizado para identificar una variedad existencialista del cristianismo. Niega la base objetiva de la verdad esencial, que es la verdad absoluta y la autoridad de las Escrituras. Por eso la Neo-ortodoxia debe ser entendida como un Pseudo-cristianismo. Tuvo su apogeo en la mitad del siglo XX con Karl Barth, Emil Brunner, Paul Tillich y Reinhold Niebuhr. Ellos se hicieron eco de la palabra y el pensamiento de Kierkegaard: hablan de la primacía de la “autenticidad personal”, y minimizan o niegan la importancia de la verdad objetiva. Barth, el padre de la Neo-ortodoxia, reconoce explícitamente su deuda con Kierkegaard. (7)

La actitud neo-ortodoxa hacia la Escritura es un microcosmos de la filosofía existencialista entera: la Biblia misma no es objetivamente la Palabra de Dios, pero “se hace” Palabra de Dios cuando me habla a mí de forma individual. En la Neo-ortodoxia, el subjetivismo se superpone a todas las doctrinas del cristianismo histórico. Se emplean palabras conocidas, pero se redefinen o se usan a propósito de un modo vago, no para transmitir su significado objetivo, sino para comunicar un cierto simbolismo, que es subjetivo, y así debe interpretarse. Después de todo, cualquier “verdad” expresada en términos teológicos es aplicable sólo al creyente. Lo que la Biblia dice objetivamente ya no tiene importancia. “¿Qué significa para mí?” es el tema relevante. Todo esto viene de Kierkegaard, de su rotundo concepto de “verdad que es cierta para mí.” El lenguaje de los teólogos neo-ortodoxos a menudo suena como si reafirmaran las creencias tradicionales, pero su sistema difiere radicalmente de la fe cristiana tal como fue la comprendida en la Historia del Cristianismo. Y al negar la objetividad de la verdad, toda la teología queda relegada al reino del relativismo más subjetivo. Es la teología perfectamente adecuada para la edad en que vivimos; y por eso es tan mortal, precisamente.

The God Who Is There, de Francis Schaeffer (1968) trae un análisis muy perceptivo de la influencia de Kierkegaard, tanto en el pensamiento actual como en la Teología moderna. (8) Hay una frontera entre la racionalidad y la

irracionalidad, que Francis Schaeffer llama “la línea de la desesperación.” El existencialismo, explica, empujó al pensamiento secular por debajo de esta línea o umbral, en algún momento del siglo XIX. La Neo-ortodoxia religiosa fue simplemente la versión tardía de los teólogos que se subieron al carro existencialista, siguiendo la corriente del arte secular, de la música y de la cultura general. “La Neo-ortodoxia no nos dio una respuesta nueva. Lo mismo que la filosofía existencialista ya había dicho en lenguaje secular, ahora se nos dice en lenguaje teológico. [...] La teología también ha pasado por debajo de la raya de la desesperación.” (9)

Schaeffer analiza cómo en última instancia la neo-ortodoxia da paso al misticismo radical: “Karl Barth abrió la puerta para el salto existencialista en la teología ... y ha sido seguido por muchos más, como Reinhold Niebuhr, Paul Tillich, el obispo John Robinson, Alan Richardson y todos los nuevos teólogos. Pueden diferir en detalles, pero su lucha sigue siendo la misma: es la lucha del hombre moderno que ha renunciado a la racionalidad. En cuanto a los teólogos... su nuevo sistema no está abierto a la verificación, debe ser simplemente creído. (10)

Este sistema, explica Schaeffer, no tiene consistencia. Porque quienes lo defienden no pueden vivir con las consecuencias de su propia falta de lógica. “En la práctica nadie puede rechazar totalmente la racionalidad, por mucho que su sistema lo lleve, a menos que experimente... algún tipo de crisis mental.” Así, las personas se han visto obligados a un nivel aún más profundo de la desesperación: “un nivel de misticismo con la nada.” (11)

Misticismo: la irracionalidad tiene consecuencias

El misticismo es la idea de que la realidad espiritual está dentro de uno mismo y se encuentra “mirando a tu interior”. El misticismo es muy acorde con el existencialismo religioso; de hecho, es consecuencia inevitable del existencialismo.

La mística desdeña la comprensión y el entendimiento racionales, y en su lugar busca la verdad a través de los sentimientos, la imaginación, las visiones personales, las voces interiores, la iluminación privada, y otros medios igualmente subjetivos. La verdad objetiva se hace prácticamente superflua. Las experiencias místicas son auto-autenticadas, es decir, no están sujetos a ningún tipo de contrastación, examen o verificación objetiva. Son únicas para la persona que las experimenta. No surgen de un proceso racional ni dependen de razón para justificarse, así que son invulnerables a cualquier refutación por medios racionales.

Como explica Arthur L. Johnson, “la experiencia convence al místico de tal manera y hasta tal punto que simplemente no puede dudar de su valor y la exactitud de lo que él cree que es. [...] En su forma más cruda, esta posición

afirma que creer en algo lo hace real. La idea es que la realidad última es puramente mental, y uno es capaz de crear cualquier realidad conforme a sus deseos. Así el místico ‘crea’ por su cuenta la verdad, a través de su experiencia. En una forma menos extrema, el punto de vista parece ser que hay ‘realidades alternas’, unas tan reales como las otras, y que en ellas el místico se ‘sumerge’ en sus experiencias. Cualquiera sea la forma en que se vea, el criterio de la verdad se queda como una experiencia puramente privada y subjetiva, sin medios de verificación ni de defensa y prevención contra el error. El místico se ve por encima de los demás, y de sus interrogantes o cuestionamientos. Resultado práctico: es casi imposible razonar con un místico convencido, que por lo general se coloca por fuera del alcance de la razón.” (12)

El misticismo es por lo tanto la antítesis de discernimiento, una de las formas extremas de la fe sin prudencia. Es el gran mezcla en la que se sintetizan la Neo-ortodoxia, el movimiento carismático, los evangélicos anti-intelectualistas, e incluso algunos sectores del catolicismo romano. Surgen tendencias como “la tercera ola”, movimiento neo-carismático con énfasis dominante en las señales, prodigios, milagros y profecías personales; la Renovación Carismática, que combina las enseñanzas del monasticismo, la mística católica antigua, las religiones orientales y otras tradiciones espirituales; la “guerra espiritual”, que busca confrontación directa con potencias diabólicas, y el movimiento de las “profecías” o revelaciones privadas, que alienta a los creyentes a buscar señales extrabíblicas que supuestamente proceden directamente de Dios.

El influjo de la mística también ha abierto a la iglesia evangélica a la penetración de conceptos típicos de la “Nueva Era”: control del pensamiento y “visualizaciones” (visiones), sanidad interior, comunicación con los ángeles, “canalización”, interpretación de los sueños, pensamiento positivo y “confesión positiva”, y gran cantidad de otras nociones, prácticas y “terapias” que procedan directamente del ocultismo esotérico, chamanismo y religiones orientales. La faz del movimiento evangélico ha cambiado dramáticamente en los últimos 20 años, y hoy la influencia de la Neo-ortodoxia se ha generalizado, incluso algunos segmentos del evangelismo contemporáneo son aún mucho más subjetivos que la Neo-ortodoxia en su enfoque de la verdad.

Se puede discutir si la iglesia resistió o no con éxito a la Neo-ortodoxia. Hace 20 años hubo una heroica resistencia contra la influencia neo-ortodoxa sobre la cuestión de la inerrancia de la Biblia. Pero cualquiera sea el resultado, en todo caso la victoria se sacrifica ahora en el altar del misticismo, que hace irrelevante el asunto de la inerrancia. Después de todo, si la más alta verdad es subjetiva, y viene del interior de nosotros mismos, ¿qué importa si los detalles de la Escritura son o no verdaderos? Si el contenido de la fe no es el problema real, ¿qué más da si la Biblia tiene errores o no?

En otras palabras, la Neo-ortodoxia atacó la inspiración objetiva de la Escritura; el misticismo evangélico ataca la interpretación objetiva de la Escritura. El efecto

o resultado práctico es igual y el mismo. Al adoptar el relativismo existencialista, los evangélicos pierden las riquezas que costaron tan ardua lucha. Si podemos obtener una guía significativa de personajes que aparecen en nuestras fantasías, ¿por qué molestarnos con lo que la Biblia dice, no dice o quiere decir? Si vamos a ignorar o incluso rechazar el veredicto bíblico contra la homosexualidad, ¿qué diferencia hay si el tratamiento literal del asunto en las Escrituras es exacto o no? Si hay profecías personales, visiones, sueños, y seres angélicos disponibles para darnos orientación espiritual inmediata (“nueva revelación”, se le llama a menudo) a quién le importa si la Escritura está exenta de error, en todo o parte? El misticismo anula además la Escritura, apartando a la gente de la Palabra de Dios como único objeto confiable de fe. Advirtiendo sobre los peligros del misticismo, Schaeffer escribió: “Probablemente la mejor manera de describir este concepto de la teología moderna es como ‘fe en la fe’, en lugar de fe dirigida a un objeto real.... Hoy la gente no habla sobre el objeto de su fe, sólo de su fe misma. Así puede conversar sobre la existencia de su fe y su ‘tamaño’, ya que existe contra toda razón, y eso es todo. La fe del hombre moderno se vuelve hacia adentro.... Su fe es introvertida, porque no tiene ningún objeto cierto... su racionalidad no está abierta a la discusión. Esta posición, sugeriría yo, es en realidad de una mayor desesperación y oscuridad que la del suicida.” (13).

Pero la fe del místico es una ilusión. La verdad “cierta para mí” es irrelevante para cualquier otra persona, porque carece de cualquier base objetiva. Por tanto, en última instancia la fe existencial es absolutamente incapaz e impotente para levantar a nadie por encima del nivel de la desesperación. Todo lo que puede hacer la persona es buscar siempre más experiencias, más fuertes, y más sentimientos. Multitudes se encuentran atrapadas en el desesperado ciclo de alimentarse de una experiencia, y buscar afanosamente la siguiente. Tales personas no tienen un concepto real de la verdad, sino que sólo “creen”. La suya es una fe temeraria, sin prudencia.

Y mientras tanto, en el otro extremo del espectro...

El misticismo no es la única forma de fe temeraria que pone en riesgo a la iglesia contemporánea. Un nuevo movimiento ha ido ganando fuerza últimamente: los evangélicos están pasando a la Iglesia Ortodoxia Oriental, al Catolicismo Romano, y a la liturgia de la Alta Iglesia Protestante. Rechazan el subjetivismo en constante cambio de protestantismo existencialista en caída libre, y buscan una religión con raíces históricas. Hartos de la estupidez superficial que ha invadido el movimiento evangélico, desean un enfoque más magisterial. Y tal vez detectando los peligros de una religión que empuja a la gente hacia “tu propio interior”, elige otra que hace hincapié en las ceremonias externas y en la autoridad jerárquica dogmática.

Escuché el testimonio grabado de uno de estos conversos al catolicismo, ex pastor protestante. Dijo que se había graduado con honores en un importante seminario denominacional. Contó que de estudiante había estado comprometido

con la doctrina Reformada (aunque se contradijo admitiendo que ya había rechazado la justificación por la fe, una doctrina fundamental del protestantismo), y había sido rabiosamente anti-católico. Pero después de la universidad, comenzó a leer escritos católicos romanos, y se vio atraído por la teología y la liturgia católicas. Describió su resistencia inicial a las doctrinas del purgatorio, la virginidad perpetua de María, la transubstanciación, y las oraciones a María y a los santos (todas fácilmente refutadas por la Biblia, 14). Y además reconoció que no pudo encontrar en la Escritura mandato alguno para orar a María.

Sin embargo, esta persona cambió por completo su punto de vista sobre estas cuestiones cuando intentó rezar el rosario y recibió una respuesta muy concreta. Llegó entonces a la conclusión de que debe haber sido María quien respondió a su oración, y de inmediato comenzó a orar regularmente a María. En última instancia, decidió la Biblia por sí sola no era una regla suficiente de fe para los creyentes, y puso su fe en la autoridad papal y en la tradición de la iglesia. Este “salto de fe” no ha sido de la variedad existencial, pero fue un salto a ciegas de todos modos. Este hombre escogió el otro extremo de la fe temeraria o sin prudencia: el que hace de las tradiciones religiosas extra-bíblicas el objeto de su fe.

Este tipo de fe es imprudente también, ya que somete la Palabra de Dios escrita a la tradición oral, la autoridad de la iglesia, o algún otro criterio humano. Es una confianza incondicional en una autoridad religiosa terrenal, el Papa, la tradición, un autoproclamado profeta tipo David Koresh, o la que sea. Esa fe rara vez se desecha por completo las Escrituras, pero al forzar a la Palabra de Dios en el molde de una tradición religiosa, se invalida la Palabra de Dios y no rinde efecto (cf. Mateo 15:6).

Ahora es un apologista de la Iglesia Católica Romana. Habla en congregaciones católicas y les dice a los católicos cómo hacer frente a los argumentos bíblicos contra el catolicismo. Al final de su testimonio grabado, trata brevemente con la actitud oficial católica hacia la Escritura: asegura a sus oyentes que la Iglesia Católica Romana no tiene hoy ninguna objeción a los católicos que quieren leer las Escrituras por sí mismos. Incluso el estudio bíblico personal está bien, dice, pero luego se apresura a añadir que no es necesario demasiado: “Un verso o dos al día es suficiente.”

Este graduado de seminario sin duda debe ser consciente de que un comentario como ese subestima la importancia de la Palabra de Dios escrita. Se nos manda en ella meditar en las Escrituras día y noche (Josué 1:8; Salmo 1:2.). Hemos de dejar que llene nuestros corazones en todo momento (Deuteronomio 6:6-9). Debemos estudiar diligentemente y manejarlo correctamente (II Timoteo 2:15). La Biblia es el único medio capaz de brindarnos la sabiduría que lleva a la salvación, y a continuación, equiparnos debidamente para toda buena obra (II Timoteo 3:15-17). El discernimiento depende de un conocimiento de la Escritura.

Por eso los que se contentan con escuchar crédulamente a una voz de la autoridad humana en lugar de la Palabra de Dios y dejar que hable por sí misma, no pueden discernir. La suya es una fe temeraria e irracional.

En la fe temeraria identificamos el extremo hacia “tu propio yo interior” como misticismo. Podríamos llamar a este otro extremo el de la “tradición aprendida”, en el sentido de “aprendida de memoria” y rutinaria, o que se sigue por rutina. En Isaías 29:13 es precisamente como Dios mismo lo hace: “Este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado...”

En la Escritura sólo hay condena para la tradición de memoria. Rituales religiosos, formalismo sacerdotal, liturgia de un libro etc., no son lo mismo que adoración. El culto real, como la fe real, debe ocupar la mente. Jesús dijo: “Los verdaderos adoradores adorarán al Padre... en espíritu y verdad, porque el Padre busca que los tales le adoren” (Juan 4:23). ¿No es la tradición memorizada el mismo error por el que Jesús condenó a los fariseos? Les dijo: “Con razón profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, como está escrito: 'Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me honran. Enseñando como doctrinas mandamientos de hombres'. Dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres”. También les dijo: “Ustedes dejan a un lado el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición” (Marcos 7:6-9). La tradición rutinaria es como la mística: tampoco pasa por la mente. Pablo dijo a los judíos aferrados sus vacías tradiciones religiosas: “Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios...” (Romanos 10:2-4). Su problema no era la falta de celo. No era que carecían de entusiasmo, en el plano emocional, o tenían pereza para la práctica religiosa. La cuestión es que el celo que mostraban para la tradición de sus padres “no es conforme a ciencia”. Ellos no eran lo suficientemente exigentes en materia de conocimiento, y por lo tanto su fe en sí era deficiente.

Pablo es específico al afirmar que la ignorancia está en tratar de establecer su propia justicia en lugar de someterse a la justicia de Dios. Este pasaje es la culminación de la discusión doctrinal de Pablo en Romanos; en este contexto es muy claro que habla sobre la doctrina de la justificación por la fe, pues había expuesto a fondo este tema a partir del capítulo 3. “Son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (3:24). La justificación es “por fe sin las obras de la ley” (v.28). “Dios atribuye justicia sin obras” (Romanos 4:6).

Pero en lugar de buscar la justicia perfecta de Cristo, que Dios tiene y cuenta para los que creen, los judíos incrédulos se había propuesto tratar de establecer una justicia propia, a través de obras. Ahí a ese punto es adonde siempre conduce

la tradición memorizada. Una religión de obras. Así, los fariseos ritualistas incrédulos hacen un paralelo exacto con el catolicismo, con la ortodoxia oriental, y con la mayoría de las formas cargadas de ritualismo en las expresiones protestantes: todas niegan la justificación por la sola fe.

Si los fariseos y sus seguidores hubiesen empleado las Escrituras como patrón de verdad, en lugar de su tradición rabínica, habrían sabido que Dios justifica a los pecadores por la fe. En repetidas ocasiones, Jesús les dijo cosas como “¿Nunca leísteis en las Escrituras...?” (Mateo 21:42), “Ustedes se equivocan, en no entender las Escrituras, e ignorar el poder de Dios” (22:29). También: “Tú eres maestro de Israel, y no entiendes estas cosas?” (Juan 3:10). Continuamente se les reprendió por su ignorancia de las Escrituras. Habían establecido la tradición de memoria en lugar de la Palabra escrita de Dios (Mateo 15:6), y por ello fueron condenados.

Contraste la forma en que Lucas felicitó a los de Berea por su “nobleza”. Dice “que recibieron la palabra [el evangelio del NT entregado por los apóstoles] con toda solicitud, escudriñando a diario las Escrituras [los libros del AT], para ver si estas cosas eran así” (Hechos 17:11). ¿Qué les hizo dignos de elogio? Su afán de ser más exigentes. Con razón se negaron a aceptar ciegamente la enseñanza de cualquier persona (incluso los apóstoles) sin clara garantía en la Palabra de Dios. El discernimiento espiritual es el único antídoto contra el existencialismo de nuestra época. Hasta que los Cristianos recuperemos la determinación firme de probar y juzgar todo por la regla de las Escrituras, rechazando lo que es falso y erróneo, y adhiriendo a lo que es verdadero y cierto, la lucha de la iglesia fallará, y nuestro testimonio a un mundo en pecado se perturbará. Pero si la iglesia se levanta, y defiende la verdad de la Palabra de Dios contra todas las mentiras de este mundo malo, entonces empezaremos a ver el poder de la verdad “que nos hace libres” (Juan 8:32).

Notas

1. John W. Kennedy, *Hunting for Heresy*, Christianity Today, 16 de mayo de 1994.
2. Robert Bretall, *A Kierkegaard Anthology*, Princeton, NJ: Princeton U. Press, 1946.
3. *Ibíd.*
4. Soren Kierkegaard, *Fear and Tremble*, Princeton, NJ: Princeton U. Press, 1983.
5. *Ibíd.*
6. *Ibíd.*
7. Karl Barth, *Comentario a la Epístola a los Romanos*, Londres: Oxford U. Press, 1933. Barth cita varias veces a Kierkegaard en esta, una de sus primeras obras.

8. Francis Schaeffer, *The God Who Is There*, en sus *Obras Completas*, Vol. I, Wheaton, IL: Crossway Books, 1982.
9. *Ibíd.*
10. *Ibíd.*
11. *Ibíd.*
12. Arthur L. Johnson, *Faith Misguided: Exposing the Dangers of Mysticism*, Chicago, Moody Press, 1988.
13. Schaeffer.
14. A) Purgatorio: Lucas 23:42-43 y II Corintios 5:8 indican que los creyentes van inmediatamente a estar con Cristo después de la muerte.
B) Para la perpetua virginidad de María, ver Mateo 1:25, dice que fue virgen hasta el nacimiento de Jesús. Juan 1:14 y 2:12, y el Libro de Hechos, revelan que Jesús tenía hermanos.
C) La transubstanciación: Heb. 7:27 y 10:12 enseñan que Cristo hizo un sólo sacrificio por los pecados humanos de una vez y para siempre, no hay necesidad del sacrificio de la Misa.
D) Oración a María ya los santos: la oración, adoración y veneración espiritual se ofrece a Dios y a más nadie, otra cosa está expresamente prohibida por el primer mandamiento y en otras partes de la Escritura. Ver Éxodo 20:3; Mateo 4:10; Hechos 10:25-26; Apocalipsis 19:10; Apocalipsis 22:8-9.

Traducción de Alberto Mansueti, para <http://www.contra-mundum.org>